

ESPEJO DEL ARTE

Otras opiniones sobre el cuartel del Conde Duque



EL fantasma de la piqueta ha suscitado, de nuevo, la polémica en torno al cuartel del Conde Duque, viejo edificio militar adquirido en 1969 por el Ayuntamiento madrileño en cien millones de pesetas. La voz de la opinión pública, en los medios informativos y aun en conversaciones en la calle, parece haberse definido, mayoritariamente, por una solución de futuro que comporte una doble posibilidad: la de otorgar al proyecto que se determine una función que redunde en beneficio de la colectividad, y la de salvar, en principio, su arquitectura, o, como mínimo, sus concretos valores artísticos.

Pero sería curioso señalar, sin ánimo de alimentar con datos de dispersión la polémica, cuál fue, en otros momentos históricos, la opinión de algunas mentes cualificadas acerca del antiguo cuartel de Guardias de Corps y su significado estético. Esto escribió don Ramón Mes-

nero Romanos en su «Manual de Madrid», editado en 1831: «Es el edificio más grande de Madrid. Se empezó a construir en 1720 por las trazas y bajo la dirección de don Pedro Ribera, uno de los más famosos corruptores del buen gusto en arquitectura. Es un cuadrilátero muy grande, con tres plazas o patios, una torre por acabar, y un observatorio a Poniente. A Levante está la fachada principal con una portada de las más ridículas. Pueden alojarse en este cuartel cómodamente 600 guardias con sus criados y 600 caballos. Está situado en el barrio de Afligidos».

Dieciséis años más tarde —1847—, don Pascual Madoz, en su «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar», decía: «Este vasto edificio fue construido en el reinado de Felipe V, con diseño y bajo la dirección de don Pedro Ribera, consistiendo en un paralelogra-

mo rectángulo, cuyas dos líneas mayores corresponden a las fachadas de E. y O. Hállase en el centro de la primera la portada, que es una de las obras más estupendas y disparatadas del churriguerismo. Consta principalmente su decoración de dos pilastras rústicas, y encima de la puerta se ve una pelleja puesta así como a secar, en la que se lee "Reinando Felipe V". A los lados hay trofeos y unas tarjetas, en las que pone "Año de 1720". Todo corresponde a esta fecha en la que ciertamente había llegado la arquitectura a la mayor degradación, olvidadas las reglas y corrompido el gusto. En todo lo restante del exterior de este inmenso edificio no hay ornato alguno, como no sean los caneloncitos corridos verticalmente por la fachada principal,

que completan la obra de Ribera, no dejando nada que desear en materia de mal gusto...».

Por su parte, don Hilario Peñasco de la Puente y don Carlos Cambrónero referían en el libro «Las calles de Madrid»: «El cuartel del Conde Duque, antes llamado de Guardias de Corps, es un inmenso edificio sin otro detalle notable que la portada, calificada por algunos de una pelleja puesta a secar...».

Como se ve, los argumentos, digamos artísticos, reproducidos tienen la apoyatura del concepto «gusto». Pero es claro que los gustos —buenos y malos— son la época. Vaya esto en descarga de los citados pronunciamientos, y en la creencia de que el gusto del Madrid 1973, incluso a nivel retrospectivo, puede ser otro. ●

Antonio Quirós: Una obra singular, sin «etiquetas»



Una exposición de Antonio Quirós ofrece siempre elementos de atracción para el aficionado. Ello es debido, sin duda, a la singularidad del artista —uno de los casos menos «etiquetables» de la moderna pintura española— y, en consecuencia, a su mundo plástico. La obra que

exhibe ahora en la sala Monzón denuncia, también, esa condición de origen, con la aportación especial de algunos detalles «técnicos» —textura más plana, formas menos contrastadas, otra propiedad de los colores—, que, rebasada la situación del cuadro, se han convertido en materia de comentarios. ●